

Almudena Fernández (autora principal), Bajo Presión: Recalibrando el Futuro del Desarrollo en América Latina y el Caribe. Informe Regional sobre Desarrollo Humano 2025. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), 2025.

El “Informe Regional sobre Desarrollo Humano 2025: Bajo Presión: Recalibrando el futuro del desarrollo en América Latina y el Caribe” del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) constituye un aporte sustantivo al debate sobre los desafíos contemporáneos del desarrollo humano en la región.

El documento destaca por trascender la narrativa convencional de progreso lineal y sostenido, y, bajo esa premisa, se plantea situar la resiliencia como eje estratégico ante la creciente complejidad e incertidumbre sistémica.

La tesis central del informe sostiene que la trayectoria de desarrollo de América Latina y el Caribe (ALC) se encuentra bajo presión por la convergencia de factores multifacéticos: transformación tecnológica acelerada, fragmentación social creciente y una crisis climática cada vez más aguda, todo ello enmarcado en un contexto de incertidumbre estructural.

En el informe se aboga por un cambio de paradigma; por lo que desplaza el énfasis de políticas reactivas a estrategias proactivas centradas en el desarrollo humano resiliente, y asume

la resiliencia no sólo como resultado, sino como condición habilitante para la protección y el fortalecimiento de capacidades individuales y colectivas.

El tono del informe revela una desaceleración preocupante en el progreso del Índice de Desarrollo Humano (IDH) en la región. Las cifras muestran una disminución de la tasa de crecimiento del IDH del 0,7% anual (1990-2015) al 0,3% en el quinquenio previo a la pandemia, y posteriormente a un exiguo 0,2%.

La pandemia de COVID-19 marcó el primer descenso registrado del IDH desde su creación; lo cual pone de manifiesto la fragilidad de los logros alcanzados. Si bien la reducción de la pobreza ha sido significativa, con la tasa regional reducida a la mitad en las últimas décadas, una de cada cuatro personas sigue en situación de pobreza y un 31% de la población es clasificada como vulnerable, apenas por encima del umbral de pobreza y sin acceso a activos que permitan amortiguar shocks.

Esta situación revela la existencia de una “trampa de vulnerabilidad de la clase media”, donde los avances no se traducen en seguridad duradera y los

retrocesos son frecuentes y profundos. En su contenido, el informe subraya que el progreso previo a la pandemia no fue lo suficientemente robusto ni arraigado para resistir shocks, y que los logros han sido, en gran medida, superficiales y distribuidos de manera desigual, sin construir una resiliencia genuina en la población.

El concepto de “policrisis” es central en el diagnóstico del informe. Las crisis ya no son eventos aislados, sino que interactúan y se retroalimentan; al punto de exacerbar la incertidumbre. El índice de incertidumbre en ALC se duplicó desde 1990; por lo que se supera el promedio global y alcanza un aumento del 101% a inicios de 2025, frente al 77% mundial.

Esta sensibilidad extrema a las amenazas globales evidencia la precariedad de la región y su limitada capacidad de absorción de shocks. La incertidumbre, vinculada al miedo y a la erosión de la libertad, tiene profundas implicancias psicológicas, sociales y políticas: favorece la fragmentación social, la desconfianza institucional y la emergencia de liderazgos populistas o autoritarios; lo que genera debilidad en la gobernanza democrática y dificulta la construcción de consensos.

El informe describe cómo eventos adversos y amenazas interactúan de formas complejas e imprevistas con vulnerabilidades estructurales subyacentes -como la desaceleración del crecimiento y la desigualdad-; de modo que se genera un ciclo de

retroalimentación negativa que multiplica los efectos de los shocks y agrava la volatilidad del desarrollo regional.

Si bien se reconocen los avances notables en reducción de pobreza, consolidación democrática y vitalidad social, el informe enfatiza la fragilidad de estos logros. La pandemia expuso debilidades estructurales; lo que evidencia que el progreso cuantitativo no estuvo acompañado de una transformación institucional ni de cohesión social suficiente para sostener el desarrollo humano ante la adversidad.

La desigualdad persiste como rasgo estructural, acentuada por la brecha digital y la transformación incompleta de la economía regional. Sólo el 2% de la población tiene acceso a redes 5G (frente al 28% en economías avanzadas), la banda ancha es cuatro veces más costosa que en la OCDE, y los hogares de altos ingresos tienen casi el doble de acceso a internet que los más pobres.

La economía digital y la economía gig, lejos de corregir la informalidad, la reproducen y perpetúan la exclusión de grandes segmentos de la población de sistemas de protección social y seguridad laboral. La información sobre la transformación digital revela que, si bien la cobertura se ha expandido, no ha garantizado un uso efectivo, y los avances digitales, incluida la inteligencia artificial, corren el riesgo de exacerbar la desigualdad en lugar de mitigarla; con el riesgo de crear nueva forma de “pobreza digital”.

La fragmentación social se profundiza, impulsada por la desigualdad, la incertidumbre y la desconfianza. La confianza interpersonal y en los gobiernos ha caído a mínimos históricos, lo que genera una creciente dependencia de redes sociales cerradas y amplía la distancia entre grupos. Esta dinámica intensifica la polarización política y propicia el auge de liderazgos personalistas, lo que debilita la gobernanza e interfiere en la puesta en marcha de políticas de largo plazo.

Por su parte, el crimen organizado, presente en las economías locales y capaz de asumir funciones propias del Estado, constituye una amenaza directa al desarrollo humano y a la legitimidad institucional. Su expansión y diversificación han elevado los niveles de violencia e inseguridad, particularmente en contextos donde la presencia estatal es débil.

El cambio climático emerge como un factor multiplicador de vulnerabilidades. La región ha registrado sus cinco años más cálidos, con un aumento de 2,3°C en la temperatura promedio desde 1951-1980.

Las muertes relacionadas con el calor y las pérdidas económicas por reducción de productividad laboral han aumentado drásticamente. Los fenómenos meteorológicos extremos se han triplicado, y el estrés hídrico amenaza a casi la mitad de los países para 2080. El impacto del cambio climático es desproporcionado: las poblaciones con menor IDH son más

vulnerables y menos capaces de adaptarse; de manera que se perpetúa el círculo vicioso de pobreza y privación.

A pesar de la creciente preocupación pública, la prioridad social sigue siendo el crecimiento económico sobre la protección ambiental, lo que dificulta la transición hacia modelos de desarrollo sostenibles.

La rápida adopción de la inteligencia artificial y la digitalización en ALC conlleva riesgos de perpetuación de sesgos y discriminación, así como vulnerabilidades en ciberseguridad. La región es mayoritariamente consumidora de tecnología y fuente de datos para gigantes globales, lo que refuerza dinámicas de “colonialismo digital” y limita la soberanía tecnológica y la capacidad de innovación local.

El informe propone un cambio de paradigma: situar la resiliencia en el centro de las políticas de desarrollo humano, a través del enfoque de las “Tres I” (Instrumentos, Instituciones, Infraestructura). En éste, se plantea la expansión y diversificación de los sistemas de protección social, el desarrollo de instrumentos innovadores como seguros paramétricos e inclusión financiera, y el fortalecimiento de sistemas de cuidado.

En su contenido, en el informe se enfatiza la necesidad de adaptar las instituciones para gestionar la complejidad y la incertidumbre, con miras a superar la rigidez burocrática, fortalecer la coordinación intergubernamental y

asegurar la presencia estatal efectiva en territorios marginados. Asimismo, se subraya la importancia de invertir en infraestructura digital pública y resiliente, así como en infraestructura climática y social que proteja a las poblaciones vulnerables y fomente la cohesión social y el desarrollo productivo inclusivo.

El enfoque de las “Tres I” redefine el propósito del desarrollo: no basta con aumentar capacidades, es imprescindible protegerlas y garantizar la capacidad de recuperación ante crisis. En este marco, la resiliencia se concibe como un imperativo estratégico, no como un subproducto del crecimiento o la reducción de la pobreza. La implementación de este enfoque, constituye un desafío formidable, pero también una oportunidad histórica para redefinir el desarrollo humano en la región. El informe invita a gobiernos,

sociedad civil y sector privado a forjar alianzas audaces y a reimaginar el progreso, con el foco puesto en la priorización de la resiliencia y la equidad como fundamentos de un desarrollo verdaderamente sostenible.

En síntesis, el Informe Regional sobre Desarrollo Humano 2025 del PNUD ofrece un diagnóstico riguroso y una hoja de ruta conceptualmente sólida para enfrentar la policrisis que atraviesa América Latina y el Caribe. La propuesta de recalibrar el desarrollo hacia un enfoque de resiliencia, centrado en la protección de capacidades y la promoción de la agencia individual y colectiva, es no sólo pertinente sino indispensable para transformar la presión actual en un catalizador de un futuro más seguro y equitativo.

América Elvira Hernández Veráztica

Cómo citar: Hernández V., A.E. (2025). Reseña de “Bajo Presión: Recalibrando el Futuro del Desarrollo en América Latina y el Caribe. Informe Regional sobre Desarrollo Humano 2025” de Almudena Fernández (Autora principal). *Alternativas en Ciencias Sociales*, 1(2), 133-136.

DOI: <https://doi.org/10.70467/acs.v1n2.8>